

## *“VIAJE A LA TIERRA DE LOS FARAONES: EGIPTO”*

### LUXOR

El primer lugar que pisamos en Egipto es Luxor, la antigua Tebas. Desde el cielo ya se vislumbra el paisaje, estamos en medio del desierto, a orillas del río Nilo. Al llegar al aeropuerto todo cambia, aquí la gente viste de otra forma, chilaba y turbante. Dejamos nuestro equipaje en el barco, el Moondance, en el que haremos el crucero por el Nilo y nos sumergimos en la bulliciosa ciudad. Es como retroceder en el tiempo: calles polvorientas, casas inacabadas en las que asoman los hierros del forjado por si hay que añadirles otro piso en el futuro, mercados abarrotados de gente en callejas estrechas cuyos comerciantes te ofrecen de todo y coches prácticamente inexistentes. Hacemos un pequeño recorrido por el centro de la ciudad en un carro tirado por una yegua y guiado por un joven local, que intenta más llevarnos al negocio de algún familiar, que enseñarnos la urbe en sí. Contemplamos la auténtica Luxor, con sus calles descuidadas, las carnicerías con su mercancía expuesta al sol y a las moscas, las tiendas con su rótulo en árabe, los niños que piden su “money”, los hombres acudiendo al rezo en las mezquitas y las mujeres que deben estar metidas en casa, pues se ven muy pocas. Cerca están los templos de Luxor y Karnak, separados por tres kilómetros de estatuas con cuerpo de carnero y cabeza humana, la avenida de las Esfinges.



Animada calle con mercadillo y templo en Luxor

El de Luxor se encuentra en plena ciudad a orillas del río. Construido por Amenofis III está dedicado al dios Amón. Destacan en él el obelisco (había dos, el otro se encuentra en la actualidad en París) y las estatuas de Ramsés II.

El de Karnak es mucho más grande. Se tardó en construir cientos de años y es el resultado de sucesivos añadidos realizados por varios faraones, en el que llama la atención la gran sala hipóstila con ciento treinta y cuatro columnas.

Al día siguiente bien temprano, tocan diana a eso de las dos y media de la madrugada, nos encaminamos al Valle de los Reyes. Yo por mi atuendo, pantalones tipo explorador a los que se les pueden extraer las perneras, camiseta de algodón y sombrero, recuerdo a Tintín en su libro “Los Cigarros del Faraón”.

Antes de llegar al valle aparecen ante nosotros en la carretera los famosos Colosos de Memnon, las dos figuras sentadas de piedra nos dan la bienvenida.

En el Valle de los Reyes visitamos tres tumbas reales de faraones excavadas en la montaña. La conservación de las pinturas impresiona, así como el ambiente que se respira dentro de ellas, que llega a ser claustrofóbico, debido al calor y al aire enrarecido. Se entra siempre a través de un estrecha galería magníficamente decorada y se llega a la sala donde se encontraba el faraón, en su sarcófago, con todos los objetos que iba a necesitar en el otro mundo. Hoy en día sigue habiendo excavaciones y descubriéndose nuevos enterramientos en este valle.

Después nos acercamos al templo de Hatshepsut, lugar en el que los mosquitos se ceban con nosotros bajo un sol abrasador. Así que nos untamos bien de repelente anti-insectos antes de entrar en el templo de la primera reina de Egipto y admirar los extraordinarios relieves.

## CRUCERO POR EL NILO

Dejamos atrás Luxor y empezamos a navegar río arriba, rumbo hacia Edfú.

Mientras la gran mayoría de la gente se tostaba al sol cual lagartija, yo me dedicaba a otros menesteres. Desde cubierta o desde el ventanal de mi camarote, escrutaba el Nilo y sus márgenes, tratando de descubrir algún cocodrilo o hipopótamo. Según avanzábamos, nos cruzábamos con pescadores que realizaban su oficio en pequeñas barcas, con niños jugando y refrescándose de las altas temperaturas, con campesinos realizando sus tareas ayudados por sus asnos, con mujeres lavando, con algunas falúas (pequeñas embarcaciones a vela)...



Barcos y falúa navegando por el río Nilo

De los múltiples barcos que nos flanquean, y que nos adelantan o adelantamos, uno llama mi atención, el Sudán. Es el único barco de vapor que hace el trayecto Luxor-Asuán, conocido cinematográficamente como el Karnak, donde se grabó la película “Muerte en el Nilo”, basada en la célebre novela de Ágatha Christie. En él, el detective Hércules Poirot y el Coronel Race (interpretados por Peter Ustinov y David Niven) tratan de esclarecer la muerte de una rica mujer.

Antes de cenar llegamos al paso de la esclusa en Esna. El momento es emocionante y la obra de ingeniería fantástica. Con lentas maniobras, la embarcación entra en un recinto en el que se cierran las compuertas y el agua fluye en su interior. ¡El barco empieza a subir! El agua hace que nos elevemos y prosigamos nuestro viaje.

Desembarcamos por la mañana temprano en la orilla derecha para visitar el templo de Horus, el dios halcón, en Edfú. Nos acercamos desde el barco en una calesa tirada por un caballo al templo del período tolemaico, donde destacan en la entrada dos halcones de granito y los relieves del faraón sometiendo a los enemigos del imperio.

Por la tarde, tras unas horas remontando el Nilo, visitamos el templo de Kom Ombo en la orilla izquierda. Dedicado a Sobek, el dios cocodrilo, y a Horus, también pertenece a la época tolemaica. Antes de volver a embarcar nos refrescamos con un té en una jaima y probamos el tabaco egipcio en una pipa de agua, la sheesha.

## ASUÁN

Atracamos en Asuán, la ciudad situada más al sur de Egipto. Mucho más tranquila que Luxor, es donde se encuentra el famoso obelisco inacabado. Lo visitamos por la mañana temprano, sólo para nosotros dos, no hay nadie en todo el recinto. Es impresionante admirar la pieza de granito rasgado con forma de obelisco de casi cuarenta y dos metros. Pero sin duda lo más famoso de Asuán es la presa construida bajo el mandato de Nasser y que cambió la fisonomía del Nilo, impidiendo sus frecuentes inundaciones. Aquí no se puede grabar ni fotografiar por temas de seguridad nacional y los soldados egipcios vigilan todo el entorno. Cerca se encuentra el templo de Philae, dedicado a Isis y al que hay que acceder por medio de lanchas.

Aprovechamos para visitar uno de los numerosos poblados nubios que se encuentran cerca. Llegamos en barca por el río y después desde la playa en camello. Hay una gran cantidad de niños y les repartimos lápices de colores que traíamos desde Asturias. Allí nos enseñan su forma de vida, sus pequeñas casas, la escuela (donde nos hacen una representación de cómo se enseña: el maestro dice una palabra y el niño repite), sus

canciones, la decoración de la piel con henna... Antes de regresar a Asuán nos damos un buen baño en el Nilo.



Obelisco inacabado y desierto en Asuán

Una vez en la ciudad vamos a la búsqueda de uno de los recuerdos que queríamos traernos de Egipto a España, un papiro. Entramos en una tienda donde nos explican todo el proceso de elaboración del papiro y escogemos uno que representa una escena de la coronación de Cleopatra.

#### ABÚ SIMBEL Y CRUCERO POR EL LAGO NASSER

En un barco más pequeño (el Nubian Sea), sólo hay cuatro embarcaciones que realizan esta ruta, comenzamos el crucero por el Lago Nasser. Dejamos atrás el bullicio y las aglomeraciones del crucero por el Nilo, que nos encontraremos posteriormente en el Cairo. Son dos días para relajarse y visitar los templos que se trasladaron para evitar que el agua los engullese: Kalabsha, Beit el Wadi, Wadi el Sebou, Dakka, Amada y Ksar Isbrim. Todos han sido llevados a sus nuevas ubicaciones piedra a piedra, por equipos de trabajo de todo el mundo, cuando se construyó la presa de Asuán. Hermano de estos templos, es el de Debod en Madrid, regalo de Egipto a España por haber ayudado en esta empresa.

En el barco hay una pequeña sorpresa. Un día antes de acostarse, los pasillos y las habitaciones aparecen cubiertos con figuras de animales (cocodrilos, monos, conejos...) hechas con toallas, sábanas y otros objetos. Al abrir la puerta de nuestro camarote nos asustamos al ver una figura humana, sentada en la cama ,que lleva puestas unas gafas de sol. Al acercarnos, vemos que está hecha con la almohada, toallas, mis rayban y mi sombrero de explorador.

La llegada a Abú Simbel en barco nos deja sin palabras, con la aparición en el horizonte del faraón Ramsés II y su esposa Nefertari, los cuales se aproximan lentamente a nosotros con su porte colosal. Las cuatro figuras de la entrada, esculpidas en la montaña, intimidan por sus dimensiones al viajero.



Abú Simbel y templo a orillas del lago Nasser

La visita a los dos templos es un lujo, pues la hacemos al atardecer, cuando las hordas de turistas que llegan en el convoy de autobuses escoltados desde Asuán ya se han ido.

Primero entramos en el de Hator, dedicado a Nefertari y después en el de Ramsés II.

Al anochecer acudimos al espectáculo de luz y sonido en castellano que se proyecta sobre la fachadas de los templos. Es un momento mágico, pues estamos en medio del desierto, un pequeño grupo de personas, admirando un templo grandioso de más de tres mil años de antigüedad a cincuenta kilómetros de la frontera con Sudán.

## EL CAIRO

Lo primero que ves desde el avión de El Cairo es esa densa nube de contaminación que lo cubre todo, como si fuese una tormenta de arena, producida por el enorme caos circulatorio típico de la ciudad. Y digo típico, porque el Cairo no sería lo que es, sin esa ingente cantidad de coches destartados que la surca y con el lenguaje de pitidos que comunica a sus conductores. Son vehículos de los años setenta, sesenta... que han sido una y otra vez reparados y que resisten a jubilarse.



El Cairo

El Cairo es una inmensa megalópolis en la que viven diecisiete millones de personas. Caminar por sus calles, mezclarse entre sus habitantes, contemplar la vida diaria de los cairotas, es algo imprescindible para sumergirse en las entrañas de esta gran ciudad. La heterogeneidad de la gente reside en que, tanto te puedes cruzar con una adolescente en minifalda, como con otra adolescente con burka, con un ejecutivo con traje hablando por su móvil, como con un hombre similar con larga barba de chivo con su Corán bajo el brazo.

Salimos temprano para ver la principal atracción del Cairo, aquello que hace de la ciudad una de las más visitadas del mundo, las pirámides de Gizeh. El tráfico por la avenida que lleva al autobús hacia allí es tremendo. Hay una densa neblina, mezcla de

bruma, arena y contaminación. Mónica es la primera que las ve, surgiendo de entre la niebla y con una lágrima en los ojos exclama ¡Las pirámides! Yo sólo logro emular a Napoleón y digo: ¡Señores, cuatro mil años de historia nos contemplan! Ahí están las pirámides, Keops, Kefrén y Micerinos. La de Keops, o gran pirámide, es una de las siete maravillas del mundo. Las rodeamos caminando y sacando fotos desde todos los ángulos posibles, pero son tan grandes que hay que alejarse para que entren completas en el encuadre. Muy cerca está la Esfinge, con su cabeza humana y cuerpo de león, donde los flashes de las cámaras saltan continuamente entre la masa humana que se fotografía.



Pirámides y esfinge en Gizeh

Lo segundo más visitado en el Cairo, después de las pirámides, quizás sea el Museo Egipcio. Allí se guardan y restauran multitud de objetos encontrados en las excavaciones por los egiptólogos, dirigidos por el célebre Zahi Hawass, que proclama a los cuatro vientos la devolución de las piezas que se encuentran diseminadas por los museos de todo el mundo: el busto de Nefertiti en Berlín, las momias del museo británico... Lo más destacable, bien sea por el gran número de visitantes (japoneses, norteamericanos, europeos...) o porque su fotografía aparece en todos los libros de texto, es la máscara funeraria de Tutankamón y todo su tesoro. Pero lo que a mí más me

gustó fue la sala de las momias reales, en la que se encuentra la de Ramsés II, donde podemos apreciar lo pequeño que era y su cabellera pelirroja tintada en su proceso de momificación. Ahí tenemos al faraón que construyó la mayor parte de las maravillas que hemos visitado (mil veces nombrado por los guías en este viaje) y al hombre que tuvo decenas de mujeres y más de cien hijos.

Posteriormente nos acercamos a la Ciudadela donde está la mezquita de Mehmet-Alí. También entramos en varias mezquitas y madrasas cerca del gran bazar de Khan al-Khalili, donde la ciudad se transforma en un gran mercado en el que se puede encontrar cualquier cosa: especias, artesanía, papiros, joyería, ropa... y donde compramos una pipa de agua. Lo realmente interesante es salir de las calles principales del bazar y adentrarse en las laterales o secundarias, en las cuales se ubican los auténticos puestos donde compran los cairotas: carnicerías islámicas, fruterías y verdulerías, quincallerías, ...



Por el bazar Khan al-Khalili

Aprovechamos para tomar un té en uno de los cafés dentro del bazar, el Fishawi's, lugar preferido en la ciudad del Nobel de literatura egipcio Naguib Mahfuz.

Una pequeña joya al margen del Cairo musulmán es el barrio copto (un diez por ciento de la población de Egipto es cristiana), lejos del mundanal ruido del resto de la ciudad,

pues es totalmente peatonal. Allí se pueden admirar las iglesias de San Sergio y Santa Bárbara, la de San Jorge y la iglesia colgante. También visitamos a un par de joyeros coptos a los que compramos una lámpara de aceite y una tetera. . Aquí recuerdo especialmente un pequeño local en el que comimos un falafel excepcional, el puré de habas fritas y un delicioso pan egipcio.

Cerca está el Nilómetro, que fue construido para medir el nivel del Nilo en sus subidas y bajadas. Para llegar a él optamos por ir caminando y atravesamos un barrio humilde. Las calles son estrechas, oscuras, serpenteantes, laberínticas y... nos perdemos. Nos ayudan a encontrar el camino y pasamos ante casas destartaladas, calles sin asfaltar, llenas de desperdicios y basura, con niños mal vestidos cubiertos de polvo y pienso que esto es el auténtico Cairo, lo que no se enseña a los turistas, donde existe una Ciudad de los Muertos en la que malviven dos millones de personas.

También nos acercamos a Menphis, la antigua capital del reino, que se sitúa a 25 kilómetros del Cairo, en la cual se halla el Coloso de Ramsés II. Posteriormente visitamos Sakkara, con la pirámide más antigua construida en Egipto, la escalonada, en la que podemos comparar la tosquedad de su perfil con la linealidad de las de Gizeh.



Madrasa en el Cairo y pirámide escalonada de Zoser en Sakkara

Ha sido un viaje maravilloso, lleno de contrastes, de un país magnífico, con una historia y un patrimonio cultural excepcional. Esperemos, no obstante, que evolucione hacia una sociedad más moderna y que las divisas que reciben gracias al turismo repercutan en sus gentes, para que nos encontremos en un futuro con un Egipto más próspero.

José María Fernández Álvarez

Oviedo – Villafranca del Bierzo, agosto 2010